

### **Homilía Misa de Funeral del P. Carlos Rodríguez Arana, SJ**

(Pronunciada en la Capilla de las Vidrieras de Salamanca, España el 8 de enero de 2024)

*P. Victor Hugo Miranda Tarazona, SJ  
Superior Provincial de los Jesuitas del Perú*

Queridos familiares, amigos, compañeros jesuitas, colaboradores de la Compañía,

Nos une en esta ocasión el deseo profundo de dar gracias a Dios por la vida de Carlos Rodríguez Arana, jesuita, sacerdote, y por sobre todo hombre entregado a servir a Dios haciendo el bien a los demás. Como sabemos, el Papito, como le llamábamos cariñosamente, partió hace poco a los brazos del Padre aquí en Salamanca. En poco tiempo Carlos se fue apagando, con la conciencia de que entregaba su vida, y con la paz de saberse en manos de Dios. En estas circunstancias, muchos hemos tenido la sensación de que Carlos era como arrancado de nosotros, sin darnos tiempo para siquiera imaginar la posibilidad de su partida. Y es que él era una presencia inspiradora y sostenedora de muchas vidas, y por ello hubiésemos querido tenerlo más tiempo con nosotros, y hubiéramos seguramente querido también devolverle en su vejez algo del enorme bien que nos hizo. Sin embargo, el misterio de la vida ha querido que Carlos parta ya al encuentro de su “Criador y Señor”, y a nosotros solo nos brota agradecer al mismo Dios por esa generosidad que ha tenido al regalarnos la vida de Carlos.

Los que nos reunimos hoy para despedirlo hemos tenido la suerte de compartir con Carlos distintos momentos de nuestras vidas. Papito desempeñó múltiples servicios en su fecunda vida apostólica, fue párroco en Urcos, Quispicanchi, una provincia de Cusco, fue también maestro de novicios y rector de juniores. Yo fui uno de sus novicios y también de sus juniores, y guardo de esa época grandes recuerdos y aprendizajes. Carlos también fue Superior Provincial, animador de la vida religiosa en el Perú, instructor de Tercera Probación en esta misma casa; y en sus últimos años educador de niños y jóvenes. Carlos heredó la generosidad de sus propios padres, según él mismo nos contaba, que en los duros años de la guerra civil española socorrían con alimentos a los más pobres del pueblo. Asimismo, cultivó un amor profundo a la Iglesia desde sus años de joven seminarista en su natal Cantabria. Y desde su ingreso a la Compañía mostró siempre una gran identificación con la espiritualidad de Ignacio, a quien conocía profundamente, y una gran disponibilidad para llevar adelante la misión que sus superiores le encomendasen. La verdad es que, aun considerando sus posibles desaciertos, Carlos hizo las cosas fundamentalmente bien. Por sus capacidades naturales, por su esmerada formación religiosa, por su actitud de constante aprendizaje, por su inserción en nuestro país y en su gente, pero sobre todo por saber ver a Cristo en el otro y saber poner por delante el bienestar espiritual de las personas, aquello que los jesuitas llamamos “*cura personalis*”. Carlos fue un apreciado maestro de novicios, pero, más allá de ello, fue un maestro del buen trato, de la apuesta confiada en las personas y del cuidado de los más débiles y vulnerables.

En este sentido, probablemente todos estemos de acuerdo en que lo que más identificaba a Carlos, en cualquiera de sus tareas, era su don para la formación y el acompañamiento de personas, esa capacidad para escucharnos desde el corazón y para identificar, con ese gran sentido común que tenía, aquello que necesitábamos para centrarnos un poco, y vivir con más entusiasmo y esperanza. Es desde allí, desde la escucha cálida y la sonrisa generosa, que Carlos nos conducía a Dios, sin fuegos artificiales, sin oráculos, sin poses. Solo acogiéndonos desde su humanidad, desde sus propias alegrías y dolores, Carlos sabía introducirnos en el misterio del Dios hecho hombre y convertido en promesa de liberación para nuestras vidas. Su presencia amable y sus palabras cálidas eran, en muchos momentos, lo que necesitábamos para animarnos a seguir confiando en nosotros mismos y en la vida misma. Por eso lo vamos a extrañar tanto y por eso creemos que Carlos disfruta ahora de la presencia plena del Padre, aquella que nosotros, que vivimos nuestra propia historia de salvación, esperamos algún día compartir con él.

Entre nosotros, Carlos buscaba siempre pasar como uno más, pero la verdad es que no le resultaba fácil. Fue un hombre de gobierno y de confianza; simplemente lo que se denomina, un hombre de la Compañía. Su brillantez y ejemplaridad no venían por la vía de las grandes ideas y planificaciones, sino por la vía del amor concreto y discreto. Pero, para su disgusto, es justamente esa ejemplaridad lo que lo llevó a ser puesto como lámpara para alumbrar a los demás. Y, entonces, aunque renegando un poco, aceptó servicios jerárquicos en la Compañía, que finalmente desempeñaba con amor inmenso a nuestra Orden, con cariño a la gente, con paciencia, a veces mucha paciencia, y también con buen humor. “Paciencia y buen humor Papito”, solía decirnos. Carlos era, por cierto, un hombre de una gran simpatía. Los que tuvimos la suerte de gozarlo de cerca, sabemos de su talante irreverente, de su gusto por las anécdotas, por esas historias enrevesadas que en el Perú no faltan; y hemos disfrutado de sus arrebatos de buen humor, esos que se encendían a medida que sus formandos estallábamos en risas y le pedíamos que continuara.

Carlos ha partido y su ausencia no puede sino instalar en nosotros un duelo y un silencio profundos. Hay muchos que hubiesen querido despedirlo en el Perú. Y desde allá lo lloran. Estoy aquí en representación de todos ellos que no han podido venir, pero que nos acompañan. En esta lejanía, el afecto mutuo y su legado a la Compañía de Jesús en el Perú acortan la distancia y nos abren a una relación nueva y seguramente fecunda. Los discípulos que hoy lo lloramos lo hemos admirado y querido como un padre. Pero este dolor no nos debe paralizar. Carlos era de esos padres que pronto dejan en libertad, que apuestan por la autonomía y dejan crecer. Y es ello lo que nos permite hoy despedirle con dolor y, sin embargo, seguir llevando adelante nuestra propia peregrinación. Caminamos llenos de esperanza porque en esta peregrinación llevamos el tesoro de Jesucristo en nuestros brazos, y porque nos sentimos acompañados por él. Carlos se ha abierto de manera definitiva a la vida plena y desde allí sigue estando presente en nuestras vidas.

Recibe pues Papito nuestro agradecimiento profundo, en nombre mío, de la Compañía de Jesús en el Perú, y de tanta gente que te quiere, te recuerda, te llora. Disfruta ahora, con esa sonrisa enorme que te caracteriza, de la presencia plena del Padre.

Amén

*\*Una versión similar a esta Homilía se leyó en la Eucaristía que se tuvo el día 7 de enero en la Parroquia de Fátima, en Lima. En esa Homilía se incluía un extracto de un poema de César Vallejo:*

Finalmente, quisiera poner de relieve el talante paternal que Carlos tenía con nosotros, sus antiguos formandos, y que hoy nos hace experimentar cierta orfandad. Dice César Vallejo:

“Mi padre duerme.  
Su semblante augusto figura un apacible corazón;  
está ahora tan dulce...

Hay soledad en el hogar; se reza;  
y no hay noticias de los hijos hoy.  
Mi padre se despierta, ausculta la huida a Egipto.  
El restañante adiós  
está ahora tan cerca;  
si hay algo en él de lejos, seré yo”